

# LA VICTIMA: VESTIGIOS EN MACONDO

***¿Se logra construir un concepto de víctima en los textos testimoniales desde mediados de la década de los años ochenta hasta hoy?***

**Palabras clave:** Memoria, testimonio, víctima, violencia.

**Key words:** Memory, witness, victim, violence.

**Alberto Antonio Verón<sup>1</sup>  
William Marín<sup>2</sup>  
Raúl Gutiérrez<sup>3</sup>  
Líber Álvarez<sup>4</sup>  
Marión Benavides<sup>5</sup>**

(Grupo de Investigación: Filosofía y  
Memoria) Cod 4-10-1

*“la historia bíblica sugiere que, desde el principio del tiempo, se haya dado una mayor atención a Caín que a Abel. Es una metáfora que de alguna forma, muestra cómo las sociedades han encontrado la imagen de delincuente más atractiva que la de las víctimas. La metáfora destaca la contradicción de sentimientos hacia las víctimas. Deseamos rechazar a los asesinos por su violencia e inmoralidad y ayudar a las víctimas por su inocencia y necesidad, pero, hacemos todo lo contrario”<sup>1</sup>*

## **Resumen**

*Lo que examinaremos en este primer informe acerca de “Cómo se ha construido la idea de víctima en Colombia” es apenas una revisión de una serie de autores que han reflexionado por el sujeto y la violencia a partir de los conflictos del siglo XIX, la llamada “masacre de las bananeras” y la “Violencia del 48”. Estos conflictos son antecedentes de las “guerras contemporáneas” y son, desde la perspectiva de la memoria: heridas abiertas que metodológicamente consideramos importante indagar. En los autores que revisamos, nos hemos encontrado con intuiciones que nos han acompañado: la invisibilidad de la víctima en Colombia, el conflicto entre la Historia y la Memoria, la aparición de hitos y eras en el calendario nacional que hablan de la capacidad que tenemos para sembrar muerte y olvido.*

1 Coordinador Grupo de investigación “Filosofía y Memoria” UTP

2 Co-investigador. Profesor asistente UTP

3 Co-investigador. Estudios de maestría en filosofía UTP

4 Estudiante Lic. Etnoeducación y desarrollo comunitario UTP

5 Estudiante Lic. Etnoeducación y desarrollo comunitario UTP

1 J, DUSSICH Y A, PEARSON. 2008. P.19. Citado por Díaz, Leadith, Ivonne. En: El rostro de los invisibles. Víctimas y su derecho a la verdad, justicia, reparación y no repetición. En: <http://www.observatori.org/documents/Ivonne.pdf>

## Abstract

Which we will examine in the first reports on "As built the idea of victim in Colombia" is just a revision of a number of authors who have reflected on the subject and violence from nineteenth-century conflicts, the called "Slaughter of the banana" and "the violence of 48." These conflicts are a history of "modern warfare" and are from the perspective of memory, open wounds that methodologically we considered important to review. In the authors we have reviewed, we found that accompanied intuitions: the invisibility of victims in Colombia, the conflict between history and memory, the appearance of landmarks and were in the national calendar that speaks more than the capacity we have to sow death and oblivion.

### 1. INTRODUCCIÓN

¿Por qué vestigios en Macondo? De acuerdo con Kline, C. (2002), Macondo es la metáfora literaria de la región donde reina el olvido. Macondo siempre nos remitirá a Colombia. Sucesivas guerras civiles, conflictos por la tierra, luchas por bonanzas teñidas de sangre como la del caucho, el banano, el café, la marihuana, la cocaína. Macondo son pueblos olvidados, vidas sacrificadas, masacres que desde el siglo XIX se reproducen. Macondo es desarrollo y subdesarrollo, intentos de civilización y barbarie. De allí que en este primer ejercicio de divulgación de nuestro trabajo retomemos la figura de Macondo como instancia mítica pero también histórica.

La presente investigación, busca una respuesta a la idea de víctima en una serie de textos que, bajo el nombre de testimonio nos informan acerca de una realidad dolorosa. Su potencial comunicativo tiene que ver a la postre, con la posibilidad de producir en el lector un tipo de experiencia que puede ver con la pregunta ¿cómo fue que esto sucedió cerca de mí y yo no lo supe? En este primer documento lo que se muestra es el rastreo de cómo apareció la idea de víctima desde unos momentos previos a la violencia de los últimos veinticinco años. Nos vimos forzados a perseguir antecedentes acerca del tratamiento del tema en el siglo XIX, a partir de la "Masacre de las bananeras" y en la llamada "Violencia del 48".

La cicatrización del dolor en Colombia se ha postergado. Es desde la instrumentalización de figuras jurídicas como los "indultos" y las "amnistías", que se ha logrado borrar el impacto de la guerra sobre varias generaciones convertidas en víctimas. Son estas quienes necesitan encontrar un espacio en la historia, para pensarse a sí mismas y desde allí, reflexionar sobre el dolor padecido y no resarcido, acallado y ocultado. Lo que encontramos en esta primera indagación es que la idea de víctima como tal, desde el siglo XX y a mediados de la década de los noventa se encuentra reflexionada

como con posterioridad se ha realizado.

## 2. ANTECEDENTES CONCEPTUALES

### 2.1 LA MEMORIA: ALGUNAS PERSPECTIVAS

Estas son apenas algunas definiciones de memoria con las que nos encontramos trabajando en la presente investigación. La memoria implica una mirada *cercana* del pasado, mientras que la historia conduce a una mirada *lejana*. En la memoria, el testimonio aparece como el aspecto fundamental, definitivo, por encima de otro tipo de fuente a la que un historiador recurre. La historia pues, no se confunde con la memoria. El historiador, mediante una operación científica recoge los recuerdos de los hombres, los compara, los confronta.

La memoria busca denunciar la idea según la cual, la situación injusta del mundo resulta algo natural; por lo tanto realiza todo un cuestionamiento al sistema de poder. Ella busca que la sociedad tenga oportunidad de exigir justicia; por eso interpela a la sociedad entera. Platón habla de la anamnesis, o rememoración, como fundamento que hace posible el conocimiento racional. Aristóteles (trad., 1981) estudia la memoria en el contexto de su doctrina de la abstracción, esta tiene que ver con la unidad de la conciencia del tiempo y es una potencia del alma por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado, por medio de la cual, se establece una asimetría entre el futuro y el pasado.

"La memoria, en sentido estricto, es un tipo de discurso complejo que tiene como complejidad fundamental

el desencadenamiento del pasado. Su complejidad radica en fabricar un ungüento que suavice las fricciones entre imaginaciones, representaciones y hechos” (García, A., 2005, pp.549).

Para Benjamin, W. (trad., 1973), reflexionar la memoria implica pensar un nuevo tipo de historiador: aquel que “cepilla la historia a contrapelo”. Este historiador que emerge de las ruinas de la modernidad se propone lo que llamaremos *una lectura de la historia desde el ámbito de los vencidos*. Pero, ¿qué significa pensar la filosofía desde la orilla de los vencidos?, ¿cómo se constituye un pensamiento que tenga el aliento y la fuerza de quienes tienen el soplo de la derrota? Y lo más importante: ¿cómo hacer de esta experiencia, de los millones de seres humanos víctimas de la injusticia, la simiente para un pensamiento distinto al de la lógica avasallante del progreso y de la Guerra?

Según Freud (trad., 1996), la neurosis descansa en el trastorno de la relación con el pasado y que se denomina represión. El sujeto ha apartado de su conciencia diversos hechos que le incomodan, que le resultan inaceptables. Parte de la cura, es la recuperación de los recuerdos que han sido reprimidos. Lo que hace el individuo con los recuerdos aciagos, molestos e incómodos de la infancia es marginarlos. Cuando el individuo los recupera gracias al psicoanálisis lo que hace es ponerlos en un lugar seguro donde no le provoquen dolor o molestia, donde puedan ser inofensivos y no generen inquietud, malestar. Sánchez, G. (2005) señala la relación que guarda el psicoanálisis con la historia: ambas desarrollan estrategias para develar lo encubierto y lo excluido. Ambas comparten el interés intrínseco o inherente con el pasado y por ende seleccionan lo memorable y lo que es mejor olvidar.

La *Memoria Passionis* (Metz, J.B., trad., 2007), es la que más se adapta en una primera aproximación a la experiencia de la violencia en Colombia. El término equivale a *Memoria del sufrimiento* y en su origen propone al dolor como una manera de conocimiento. Reyes Mate, M. (1981) plantea que la memoria no consiste tanto en recordar el pasado en cuanto pasado, sino en reivindicar esa *historia passionis* como parte de realidad. Esto quiere decir

que, una parte de la realidad presente son aquellas esperanzas, ideas y sujetos que fueron excluidos cruelmente de la realidad.

Esta perspectiva de la memoria, nos propone rescatar lo concreto y lo particular ligado al sufrimiento. En Occidente, el conocimiento ha estado ligado a quien ejerce el poder a través del habla y de la razón, lo que un pensador como Derrida (trad.,1971) llamará: *logocentrismo*. Mientras lo que propone la memoria, es una nueva teoría del conocimiento centrada desde quien sufre en silencio. La víctima se convierte en sujeto de saber, pues tiene algo importante que comunicar, originado desde su dolor.

## 2.2 EL TESTIMONIO

La voz testimonial se ha asumido desde los lugares de la marginalidad y la periferia, lo cual implica muchas veces el rechazo, la sospecha o el desprecio hacia este género. El testimonio puede tener intencionalidades diversas: de convencimiento, de manipulación, de acusación, de reivindicación. Quien recopila un testimonio guarda una intención, en nuestro caso, hacer justicia desde el lenguaje.

Ochando, C. (1998) parte de un análisis general de la literatura latinoamericana, centrando su atención en obras de carácter testimonial como *Biografía de un cimarrón*, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, *La noche de Tlatelolco*, para finalizar con un detallado estudio sobre la literatura cubana de la posrevolución, interés que denota un claro propósito de la autora por los usos discursivos del testimonio como expresión ideológica textual.

El afán de esta autora es literario, y ubica el testimonio como un género experimental y poco elaborado de la literatura, especialmente en Latinoamérica, que encuentra sus orígenes disciplinares en las técnicas de recolección propias de las ciencias sociales. Al definirlo como género literario Ochando, C. (1998) se pregunta:

¿Abolición de fronteras genéricas o formación de nuevos géneros? Me inclino a considerar el testimonio

como un modelo narrativo que, a pesar de diferencias temáticas, explica las características comunes de unas formas que rompieron el horizonte tradicional de la novela en los años sesenta en América Latina. Ahora bien, su institucionalización a través de la crítica periodística, institucional y académica, supuso un encausamiento ideológico y estético a su significado, al tiempo que puso a los textos al servicio de proyectos de índole política e ideológica particulares. (pp.36)

Dado que nuestra indagación sobre la víctima en Colombia se realiza tomando como terreno de campo sus testimonios escritos, concretamente el texto testimonial, producto de los relatos elaborados sobre las experiencias de diferentes formas de violencia, es necesario reflexionar brevemente sobre la dimensión literaria de dichas narrativas, ya que dentro de la literatura testimonial, especialmente aquella que apalabra de forma explícita a la víctima, existe un momento histórico de referencia que ha contado con una considerable circulación global, tanto por las dimensiones de violencia extrema cometidas contra el ser humano, como por las dolorosas y profundas expresiones narrativas que emergieron de la pluma de sus *sobrevivientes*: hablamos de un lugar de la memoria llamado Auschwitz. Figuras como Primo Levi, Elie Wiesel, Jean Améry, Jorge Semprún, Robert Antelme, Imre Kertész, Paul Steinberg, etc. Son conocidas en el campo de esta literatura como voces autorizadas en la narrativa del horror al que sobrevivieron. Escribieron imbuidos por la imperiosa necesidad de que el mundo conociera la penosa vida al interior de los campos de concentración. Estos relatos involucran directamente la mirada de sus autores, puesto que, son los *sobrevivientes* quienes escriben y publican los testimonios en su condición de víctimas. No obstante para el caso de la violencia experimentada por las víctimas en Colombia, esta característica del *testigo-sobreviviente* no siempre se observa, y son otros los que han tomado la iniciativa de divulgar por medios escritos el testimonio de lo padecido por estas, al

modo de lo que podríamos llamar el escritor que testimonia.

Varios escritores son los que en nuestro país se han interesado por escuchar la voz de las víctimas, entre ellos podemos nombrar a Arturo Alape, Germán Castro Caicedo, Alfredo Molano, Gabriel García Márquez y otros que, a través del ejercicio periodístico y literario, recurren a la crónica, el relato, la entrevista, el reportaje o sencillamente a la historia de vida, es decir, formas que de una u otra manera tienen que ver con un género escurridizo y difuso llamado testimonio. En los textos de estos escritores profesionales, se narran acontecimientos de la historia nacional que con el tiempo han ido adquiriendo nombre propio: el Holocausto del Palacio de Justicia, el genocidio contra los miembros de la Unión Patriótica, las acciones del cartel dirigido por Pablo Escobar. Pero otros acontecimientos, más anónimos y también de importancia significativa han cobrado autoridad: el drama cotidiano de los campesinos que para salvar sus vidas, emprenden la huída, dejando un patrimonio que les dota no sólo del sustento diario sino que define en gran medida su identidad: la tierra. A las ciudades llegan familias y pueblos enteros en condiciones que no conocemos a profundidad. La naturaleza profunda de la injusticia cometida con ellos es reflejada en sus rostros. Se trata de una situación que no ha podido ser develada. Su existencia, solo toma cuerpo en las estadísticas discutibles del Estado y las organizaciones no gubernamentales. Estadísticas referidas a comunidades, a hombres y mujeres reducidos a la denominación genérica de desplazados.

Ante todos estos acontecimientos de violencia generadora de víctimas, estos escritores han cumplido un papel, que se podría denominar por el momento, de *testigos*. Ya sea por el ejercicio de la profesión, por circunstancias que rodean las experiencias personales y familiares frente a la violencia, o por el compromiso ético de contar las injusticias que se han cometido y se siguen cometiendo en Colombia, el *escritor-testigo* es quien ha instalado su mirada en el *otro* que padece la violencia, inerte ante el agresor e inerte ante la justicia que no castiga a los responsables y no repara los daños que estos ocasionaron sobre las víctimas. Le quedará entonces un recurso: la escritura.

Desde esta plataforma, el escritor-testigo, habrá de salvar para la memoria estos recuerdos, contándolos en libros, diarios y revistas.

Desde la dimensión literaria del testimonio, se considera que el rol asumido por ciertos escritores a través de la recolección de narraciones biográficas y testimoniales, está relacionado con el uso discursivo e ideológico inherente a este tipo particular de escritura. Según afirma Ochando, C. (1998):

Los textos testimoniales pretenden denunciar y manifestar los aspectos injustos de la realidad social en la que se inscriben; intentan una interpretación literaria de los marginados, cediendo la palabra a aquellos protagonistas actores y testigos reales de la historia silenciados por la ideología dominante. La metáfora del 'yo', característica de la autobiografía, se transforma en la metáfora de un 'nosotros' colectivo, que se quiere representante de clase, raza o grupo marginados, y que orienta una visión en 'blanco y negro', de 'buenos' y 'malos' de la experiencia y de la historia. (pp. 183)

Quien toma la decisión de escribir un testimonio se está asumiendo como un tribuno de los vencidos, toma partido por ellos y lucha por lograr un reconocimiento público de su dolor, cosa que en manos de los historiadores no sería posible. Esta es la sospecha del escritor testimonial, que sirve de justificación moral a su labor y para lo cual está dispuesto a sacrificar en alguna medida la utilización de recursos estilísticos y decorativos a los que un novelista, por ejemplo, no renunciaría fácilmente. No le interesa la ficción, sino el hecho real, que hace del texto testimonial descendiente directo de la verdad de lo dicho sobre un acontecimiento. Para esta autora, El testimonio es un género referencial por excelencia, que depende de la inmediatez de los acontecimientos narrados:

La inmediatez sirve a la demostración de veracidad

y referencialidad de unos argumentos que se abastecen de unos *sportes textuales* subdivididos en dos variantes: externos (crónicas históricas, datos científicos, introducciones metodológicas, notas a pie de página, etc.,) e internos, textualizados en el relato propiamente dicho ('¿me comprendes?, ¿no crees?, ¿verdad?'). Ambos sirven al interés de proporcionar objetividad al texto y conseguir una equivalencia receptiva entre verosimilitud (presente en cualquier literatura, incluida la documental) y verdad (propia del código receptivo testimonial). (pp. 146)

En cualquier caso, los textos testimoniales cumplen un importante papel al interior de la memoria que lucha por ofrecer miradas alternativas a los discursos y narraciones oficiales, visibilizando los mecanismos de silenciamiento y de olvido a los que recurre la ideología hegemónica. También la academia es cuestionada desde la narración testimonial insatisfecha con la distancia epistemológica respecto del "objeto de estudio" que caracteriza las narraciones históricas, jurídicas, sociológicas o antropológicas, so pretexto de lograr mayores niveles de objetividad científica.

Otra dimensión que interesa para nuestra indagación es la que se refiere a las consecuencias ético-pedagógicas del testimonio. Para ello hemos recurrido a fuentes que, inspirándose en las narraciones de los sobrevivientes de Auschwitz, reflexionan sobre las profundas experiencias ofrecidas a quienes conocemos el fenómeno desde lejanas distancias geográficas o temporales. Como mencionamos anteriormente, la figura de la víctima-sobreviviente ha adquirido reconocida importancia dentro de los medios de circulación interesados en la memoria, pero más allá de su difusión, estos relatos problematizan un sujeto a explorar bastante interesante: la figura del lector. Es este quien se ocupa de auscultar la dimensión aleccionadora del testimonio escrito de la víctima, imprimiéndole su sentido ético. Mélich, J.C. (2001) lo plantea

de la siguiente manera:

En la lectura del relato, el lector vive la experiencia del horror y su identidad sufre un vuelco, se transforma. El lector *escucha* en el relato el *grito* de los torturados. Porque el lector sabe que no se encuentra ante una novela, ante una narración producto únicamente de la imaginación del escritor. El lector sabe que se haya delante del testimonio del horror. (pp. 31-32)

La escritura alberga en su seno un poder con alcances profundamente transformadores, cuando *transmite* las palabras de quienes perdieron el habla. Por eso, si quisiéramos tener una idea de lo que puede suceder con el lector del testimonio de la víctima, tal vez la palabra más indicada sea *metamorfosis*, puesto que el lector encuentra involucrada su propia identidad, es re-definido su lugar en el mundo, abriendo su *sí mismo* hacia el *otro*. Tal metamorfosis, es entendida por Mélich, J.C., (2001) como la oportunidad que tiene el lector para modificar su *identidad narrativa*:

Una *identidad narrativa* no es una identidad estable o sustancial, sino una identidad que se construye en la lectura del relato, en la respuesta, en la acogida del otro, de la ausencia del testimonio. La identidad narrativa del ser humano es un movimiento constante. Por la lectura y la interpretación la identidad no cesa de hacerse, de *des-hacerse*, de *re-hacerse*. (pp. 51)

Es decir, luego de leer el testimonio no podré seguir siendo el mismo, ya que ante mí hay un texto pleno de singularidad que me interpela, es la voz del otro que me alecciona y que espera mi respuesta ética: que su sufrimiento no que de sepultado en el olvido. Afirma Mélich, J.C. (2001):

Lo que el educador *da* en la transmisión de la lectura es una *ausencia*, un *vacío*, un *silencio*. Un silencio que el

que lo recibe jamás podrá nombrar, una ausencia que el que la recibe nunca podrá llenar: la ausencia de alguien que ya no está presente, la *víctima*. (pp. 75)

### 2.3 LA PALABRA VÍCTIMA

La ciencia de la victimología fue acuñada inicialmente por el psiquiatra estadounidense Frederick Wertham. Este, en 1949 planteaba estudiar a la víctima desde la perspectiva sociológica, inscribiendo a la joven disciplina dentro de las lógicas positivistas (citado en Brito, M., Villamil, R. y Orihuela, L., 2004). La victimología se refiere entonces, al estudio de las causas por las que determinadas personas son víctimas de un delito. Llama la atención que al introducir a estas en un universo conceptual las culpabiliza, sentencia arriesgada, que afirma que toda víctima participa de una u otra manera en el acto delinencial. Es decir, que desde esta visión, la víctima pierde su carácter pasivo.

Rabinovich, S. (2003), recurre a la etimología de la palabra:

Víctimas: atadas, condenadas. El *Nuevo Diccionario Latino-Español Etimológico* de Raimundo de Miguel comenta que el término *víctima*, tal vez provenga de *vieo* que en dicha lengua significa atar con junco u otra ligadura sensible. En hebreo, el sustantivo *'akedá*: no habla del sacrificio de Isaac, sino de su atadura (a la piedra, en la que finalmente no fue sacrificado). En este caso, víctimas no son sólo los muertos: también los aún no nacidos lo son por encontrarse desde siempre amarrados, o ligados, ob-ligados, deudores. Víctimas -maniatadas- son esos seres espectrales, virtualmente muertos. (pp. 59)

Existen diferentes visiones que dan cuenta de la víctima desde la sociología, la filosofía, la antropología, la literatura, la historia, etc. Partir desde los particulares estilos de éstas disciplinas exige un doble

ejercicio. El primero significa un estado de la cuestión que se traduce en descifrar cómo la *víctima* se ha mostrado desde el panorama disciplinar bajo sus singulares pautas discursivas. El segundo momento compromete y cierra el campo de la presente investigación: la mirada del texto testimonial que nombra y muestra a la *víctima* en todo su dolor. Ambos momentos la visibilizan desde el lenguaje. Sin embargo continúa siendo necesario preguntarnos "¿Qué *significa* ser *víctima*?" -Al respecto Bárcena, F. y Mélich J.C. (2003), afirman lo siguiente:

Nuestro punto de partida consiste en afirmar que la *víctima* no es una 'categoría' y que, por lo tanto, el lenguaje estrictamente objetivante y científico, tal y como ha sido tradicionalmente entendido al modo idealista, es radicalmente insuficiente para tratar el tema que nos ocupa. De la *víctima* no se puede hablar 'conceptualmente' o 'categorialmente'. Dicho a la *Wittgenstein*, sobre la *víctima* no puede decirse nada, solamente puede *mostrarse*. Pero, ¿qué es mostrar la *víctima*? 'Mostrar' la condición de la *víctima* es dejar abierto un lugar, un espacio y un tiempo para que la *víctima* hable por sí misma... (pp.198)

El pensamiento pareciera derrumbarse ante el tema del dolor. La manera contundente en que este se muestra pareciera sólo posible de nombrar en la literatura y en el arte. Pero encontramos necesario que el pensamiento no salte por encima del dolor y de la muerte:

Pero, ¿cómo habla la *víctima*? ¿Con qué lenguaje se muestra? El lenguaje con que la *víctima* se expresa es el *grito*, un grito que es, a menudo, un *grito silencioso*. La *víctima* grita en su silencio, en su dolor, en su injusticia. Y ese grito es una llamada de atención, precisamente, acerca de la importancia de la pregunta

terrible de Iván Karamázov: ¿estamos dispuestos a edificar el edificio de la felicidad humana a cualquier precio? (Bárcena, F. y Mélich J.C. 2003, pp. 198)

Nuestro enfoque pretende adentrarse en el tejido narrativo del testimonio del cual surge con notable dificultad la *víctima*. Desde ella nos referimos al daño hecho a seres inocentes: el ofendido y el humillado por la maldad socio-política. La maldad, entendida en el contexto de nuestra investigación es vista tanto por la mirada teológica como por la filosófica. Lo teológico obliga a inquirir sobre la presencia o ausencia de Dios en un mundo donde el crimen es el pan de cada día, mientras que lo filosófico lleva a la necesidad de que la razón no huya de su responsabilidad reflexiva con el sufrimiento. El problema del mal es una vía que evidencia la dialéctica entre civilización y barbarie. El mal ejercido sobre la *víctima* se escuda en una violencia que aniquila al otro a nombre de diversos proyectos pretendidamente humanos y progresistas pero que a su base guardan un origen irracional.

### 3. DESARROLLO DEL TEMA

#### 3.1 La *víctima* en Colombia

Nombrar a la *víctima* en Colombia es relativamente actual. En este primer ejercicio optamos por observar y registrar cómo la sociología, la historia y la literatura se han acercado y apalabrado a la *víctima* desde sus singulares pautas discursivas.

En esta aproximación al universo académico, hemos registrado que pocos autores e investigadores colombianos se refieren a la *víctima* como tal. Un primer acercamiento a ella se logra de una manera inferencial, cuando se registran palabras alusivas a los "muertos", "caídos" o "cadáveres", en el contexto de los manuales de historia de Colombia. Sin embargo será apenas en la década de los 80 que la *víctima* se nombre desde el panorama sociológico e histórico. El historiador marxista británico Hobsbawn, E.J. (1985), reseña a la *víctima* de esta manera:

A las *víctimas* de la violencia no se les asesina simplemente,

sino que se les tortura, cortándolasentrocitos(*picados a tamal*), decapitándolos en una variedad de horriblos sistemas y desfigurándolas. Por encima de todo, los asesinos pretenden 'no dejar ni semilla'. Se asesina a familias enteras, incluso a los niños, arrancando los fetos del seno de las mujeres encinta, e incluso sobreviven hombres castrados. (pp. 20)

Así mismo, Fals Borda, O. (1985) afirma lo siguiente acerca de la víctima:

Estos hijos de la violencia se consideran a sí mismos como víctimas de la sociedad tradicionalista por la escasa atención que prestó a sus necesidades y que, en cambio, les hizo sufrir inicialmente el impacto del desastre promovido en sus propias familias y comunidades. Algunos de ellos, han sido del tipo de Robin Hood, realizando una rudimentaria redistribución de la riqueza e imponiendo impuestos a los ricos para ayudar a los pobres, caso inusitado en Colombia(44)

Esta concepción sobre la víctima pone en tela de juicio la supuesta "inocencia" de ella, su permanencia en un estado de indefensión que se hace relativo, cuando la víctima motivada por el dolor, asume las mismas acciones que sus verdugos. Esta es la posición de Fals Borda. La víctima está sumergida en una "zona gris". Es difícil identificar y nombrar su naturaleza. Existe una fuerte indeterminación de ella misma. Por eso hemos optado por nombrarla *víctima-victimario*. Víctima porque ha perdido todo: su tierra, su casa, su hogar y sus seres queridos. Victimario, ya que en una segunda instancia, su deseo de hacer justicia se despierta afanosamente para defender con este gesto el derecho de vivir. La víctima abandona esta condición, pasando a la de bandolero, guerrillero, justiciero, delincuente o victimario. Las frases de Fals Borda ilustran esta segunda clasificación, al igual que las de Villanueva, O. (2005) cuando se refiere por ejemplo al

guerrillero alias "Desquite" de la siguiente manera:

¿Quién era en realidad Desquite? ¿Por qué asumí este alias? ¿Era gratuito este segundo bautizo? No, no era gratuito, su filosofía de muerte y violencia obedecía a un desarrollado procedimiento de sobrevivencia: o mataba o lo mataban; era un hombre primordialmente moderno, víctima de la sociedad de su tiempo, de una 'horda de asesinos' que arrasaron a su paso con sus seres más queridos y tenía que desquitarse. Aprendió esto en la escuela de la vida, en la que hay que aprender a matar para poder vivir. (pp.61)

Tal parece que esta "zona gris" o esta indeterminación entre víctima-victimario, despierta cierta empatía con algunos investigadores, historiadores e intelectuales. Es el caso de Hobsbawn, E. (2003) que en su texto *Bandidos*, equipara los bandoleros y justicieros con héroes y personajes míticos que moran desde la topografía latinoamericana hasta la europea.

### 3.2 La víctima en el siglo XIX

En el siglo XIX las víctimas parecen ser fruto de factores que pasan por las guerras regionales o por la posesión de grandes extensiones de tierra. Estos factores se insertan en discusiones complejas acerca de la necesidad de modernización para un país en condiciones pre-modernas. Rojas, C. (2001), por ejemplo, tiene como punto de partida el siguiente supuesto: la violencia en el tercer mundo hace parte de la incapacidad de abordar lo distinto.

A partir del *monologismo* (Bajtín, 1929, citado en Rojas, C., 2001), la autora considera que en Colombia las élites del siglo XIX pretendieron instaurar para el país un modelo europeo de progreso que negó la herencia negra e indígena. Un modelo que desde su interior resultó avasallador, pues más allá de la violencia física, estuvo la violencia simbólica heredada de la cultura occidental europea y que está presente en el lenguaje (Rojas, C., 2001).



Desde el análisis del discurso, la autora muestra cómo las élites del siglo XIX enarbolaron una narrativa civilizatoria que sirvió de velo a las prácticas de barbarie que se ejemplificaron en las guerras civiles de este periodo. La autora reconoce también desde la discursividad del paradigma Occidental toda una serie de exclusiones que legitimaron y legitiman la violencia. Su abordaje metodológico parte de diferentes fuentes que muestran cómo los discursos que circulaban en las clases sociales avalaron una propuesta de organización social en detrimento de otra (Rojas, C., 2001).

Kalmanovitz, S. (1989), plantea que el enfrentamiento entre terratenientes y colonos produjo una dinámica cíclica de violencia, en la cual el Estado central legisló a favor de los vencedores. A su vez se reconoce la configuración de grupos al margen de la legalidad del Estado, pagados por empresas como aquella legendaria, en Antioquia y el Cauca, de la familia Aranzazu, y cuya presencia como actor armado sería clave a la hora de definir los conflictos por la tierra. La consecuencia entonces será el germen de grupos justicieros que desafían el monopolio de las armas por parte del estado.

Los herederos de los Aranzazu a través de 'González, Salazar y Compañía' iniciaron una campaña de hostilización contra los colonos por medio de matones a sueldo, quemándoles sus ranchos y cosechas. Esto dio lugar a un verdadero levantamiento popular donde cada colono se armó hasta los dientes y un grupo mató a Elías Gonzáles y parte de su cuadrilla. El conflicto tomó unas proporciones tan amplias, que el gobierno central tuvo que intervenir para llegar a una solución que consistió en que los herederos de Aranzazu quedaban con la mitad de las tierras (90.000 hectáreas) y cada colono con 10 fanegadas. (pp. 111)

Un elemento adicional a la forma en que

se produjeron víctimas tiene que ver con la manera de matar. La dotación en armamento era precaria para los grupos en contienda; en este sentido la utilización del machete como arma de combate fue rutinaria, junto a la mezcla de alcohol para exacerbar la pasión. El siguiente fragmento brinda una imagen de la forma en que se ensañaron los grupos en contienda frente a sus enemigos (en este caso, conservadores y liberales, quienes se enfrentaron en aquel momento en visible desventaja numérica a favor de los primeros):

(...) Es el infante, el campesino de fusil y machete el que arrastra todo el peso de la guerra. Más que el fusil, el machete. Se combate cuerpo a cuerpo. Son cargas de macheteros que desbaratan las columnas enemigas. Un golpe, dos, a la derecha y a la izquierda y los machetes suben y bajan quebrando huesos con ruido metálico.

Palo negro fue una batalla de sobresalto y terror. Por espacio de quince días pelearon sin acordarse del dolor, del sufrimiento, de la miseria. Quince interminables días de matanza. En una tierra reseca, árida. Los cadáveres se van amontonando, la putrefacción envenena el aire. No hay tiempo para recoger a los heridos ni para enterrar los muertos. Unos y otros se encuentran confundidos en medio del hedor que enrarece el aire. (Argos, 2004, pp. 156)

El alcohol se transformó en un elemento que hizo de aquellas luchas, verdaderas escenas dantescas, haciendo de estos lugares de combate auténticos escenarios de pesadilla. Esta mezcla de elementos afectó de tal manera a quienes participaron, como una enfermedad que consumía sus últimos vestigios de humanidad, llegando al extremo de proseguir la racha de asesinatos sin justificación política alguna.

Pero todos los métodos utilizados para infundir valor y darle razones a los soldados para defender las banderas de su partido, el del abuso del licor fue el más socorrido, antes que en la razón o en el compromiso o incluso en

el apego irracional a una causa, el valor para luchar lo encontraban los soldados en las cantimploras repletas de aguardiente. (Jaramillo, C., 1996, pp. 301)

Otro aspecto interesante de estos relatos consiste en la manera en que sus autores perciben al pueblo que muere en las contiendas. Para estos, la masa de gente, no tenía claro el por qué de las matanzas. ¿Qué tenían para ofrecer aquellos campesinos?! Parece ser que solo sus manos al instante de empuñar las armas.

Masa pasiva a la que impunemente se estrujaba y desollaba, iba al matadero sin protestar, en defensa de una bandera roja o azul, símbolo de ideales extraños a su mentalidad. La intervención del pueblo en la contienda se limitaba a expresar bulliciosamente su entusiasmo cuando salía con vida luego de arriesgarla en horas de mortal angustia. El soldado de los ejércitos liberales o gobiernistas nunca supo por qué mataba, por qué huía, por qué avanzaba. Resignado y sumiso, con un rifle a la espalda, el machete a la cintura, descalzo, sin alimentos ni medicinas, por senderos intransitables, en pos de los jefes, satisfacía su ambición de vivir de forma primitiva (...) Sin averiguar la razón desertaban y de regreso a su pueblo, silenciosos y calmados iban al surco, listos a empuñar las armas en cualquier momento, que para ellos, hijos de la tierra, lo mismo era correr la pólvora en los cerros o en el valle. (Tamayo, J., s.f., citado en Argos, 2004, pp. 150)

Estas narraciones son construidas desde la voz de personajes que tienen algún rango militar, que participaron en la estructura de representación del "Estado" o que lograron acceder a la educación. Es con ellos que

se levanta la memoria del estado-nación, un relato y una identidad que pretendió superar la fragmentación del país. A su vez fueron estos relatos los que permitieron acceder a una panorámica primera de los escenarios de la víctima.

### 3.3. LA MASACRE DE LAS BANANERAS O EL CASO EJEMPLAR COLOMBIANO PARA BORRAR LA VÍCTIMA

Kline, C. (2002), en su análisis literario de la obra de García Márquez, menciona no sólo la violencia, sino al símbolo que representa la "masacre de las bananeras". Ella de hecho hablará de las *víctimas*, aunque no las nombre directamente. La masacre de las bananeras que García Márquez recuerda en *Cien años de soledad* "refleja lo que en Macondo pasa; que no ha pasado nada". (Kline, C. 2002, pp. 167)

Verdad oficial, policíaca, apócrifa y omnipotente; mitología espuria, instrumental, borra hasta la memoria popular de los 3.000 obreros muertos, asesinados en pleno centro de la ciudad (que ya por entonces es Macondo III, para emplear la cómoda fórmula de los arqueólogos, ciudad bananera: Macondo I fue aldea campesina colonial, Macondo II pueblo republicano artesanal, Macondo III es injerto neocolonial en la era de la Compañía, víctima de la alternativa cíclica del esplendor aparente que alterna con la regresión esencial, características de los azares remotos, foráneos, de la dependencia y el monocultivo combinados), 3.000 muertos que, como racimos de plátanos excedentes, son transportados y arrojados al mar en un tren de doscientos vagones fantasmales; antihistoria: el tiempo horrible de la derrota, absoluto, ininteligible, que reabsorbe en la nada hasta la memoria del martirio. (Benvenuto, S., s.f., citado en Kline, C., 2002, pp. 196)

El hecho histórico de la masacre de las bananeras en diciembre de 1928 bajo la

presidencia de Miguel Abadía Méndez y a manos del general Carlos Cortés Vargas, muestra y demuestra una violencia salvaje y abierta. Este hecho histórico aborda a la *víctima* bajo la necesidad de deshacerse pronto de ella. El tren que trae progreso se encargará de los cuerpos sin nombre, sin historia, condenados al olvido. Los cuerpos tratados como huellas, pruebas deseosas de ser borradas, aniquiladas y con el tiempo amnésico como cómplice.

La masacre de las bananeras introduce un nuevo símbolo que genera tanto progreso como dolor, el banano, o también conocido como la *musa sapientum o paradisiaca*, nos remonta a nuestro paraíso violento, un pasado que borra toda responsabilidad histórica con el silencio. Nuestro paraíso o nuestra *musa paradisiaca*, retornará con otros nombres (Jamundí, Mapiripán, Segovia, Bojayá, Tacueyó, Trujillo, El Aro, etc.) y con sus símbolos que justifiquen el sacrificio y el fratricidio.

El mencionar el hito de “la masacre de las bananeras” responde a dos singulares intenciones que aluden tanto a la historia como al símbolo: la primera, donde en el marco histórico de la década de los 20, connota la repetición de crímenes de Estado que se presentan hasta ahora de manera exponencial. 1928 no sólo significará masacre, sino también expropiación multinacional, torturas, desapariciones, desplazamientos forzados y genocidio. Todo este sacrificio para ir al mismo ritmo del “viento de la modernización”. Así, los pobladores de Macondo se acostumbra prontamente a *La hojarasca*, es decir, al progreso y con éste a la catástrofe. La segunda intención responde a la figura o al símbolo que representa Jorge Eliécer Gaitán, quien es el primero en hablar y denunciar públicamente este hecho violento. Gaitán se dio a la tarea de investigar a fondo los actores que activamente participaron en la masacre de las bananeras.

“Realizó más de un centenar de entrevistas con obreros y pobladores de la zona, tomó fotografías de cadáveres insepultos y de los destrozos ocasionados en Ciénaga y Sevilla, que se atribuyeron en principio a los huelguistas y que, según la investigación de Gaitán, fueron ocasionados, en su mayor parte, por la tropa y por orden

de su comandante el general Cortés Vargas. Armado con una documentación impresionante, regresó Gaitán a Bogotá, y los días 3, 4, 5 y 6 de septiembre de 1929 suscitó uno de los más intensos e históricos debates que se hayan vivido en el parlamento colombiano.” (La masacre de las bananeras, Octubre de 2005).

Estas acciones realizadas por Gaitán simbolizan la importancia del testimonio de las víctimas que desde sus palabras recrean el dolor, la desolación y la tragedia vivida. Con este heroico gesto, Gaitán salva a la víctima, condenada en la mayoría de los casos a guardar silencio. Su salvación se escenifica en primera instancia en la histórica disertación ante el Congreso de la República en 1929 sobre *El debate de las bananeras*, posteriormente García Márquez en su novela *Cien años de soledad*, valiéndose de esta famosa arenga y gracias a los testimonios recogidos en Ciénaga, Magdalena, documentó el rumor popular que circulaba en la región: trenes cargados de muertos que fueron arrojados al mar. Este rumor será parte emblemática de su obra literaria. A partir de allí el hito de la “masacre de las bananeras” tendrá una amplia recepción que ayudará a resignificar este hecho violento. Gaitán simboliza pues, la trascendentalidad e importancia que adquiere el testimonio y la víctima. Dos conceptos que remiten tanto a la realidad actual colombiana y a su herida abierta como también al paisaje de la presente investigación.

### 3.4 DE LA VIOLENCIA DE 1948

De manos de un personaje tan representativo como Gonzalo Sánchez, nos encontramos con un rico análisis sobre los eventos de la llamada “época de la Violencia”. Sánchez realiza una lectura desde los prismas de la memoria y las violencias que han sucedido a lo largo de la historia colombiana, desde el siglo XIX, la “época de la Violencia” y el conflicto contemporáneo.

Es muy importante reconocer que Gonzalo Sánchez fue un testigo y estudioso de la violencia padecida en Colombia. Dicha condición marca su vida intelectual y en el transcurso de su existencia será llamado a realizar una catarsis<sup>2</sup> sobre estos hechos y

realizar un análisis de las causas que han llevado a Colombia tan funesta barbarie.

Para Sánchez el 9 de abril de 1948 introduce en la historia colombiana una ruptura en el tiempo: una marca en el calendario que remite a un prolongado periodo de sangre (Sánchez, G., 2006). Podemos comparar este planteamiento con las consideraciones de Legoff, J., (1991) las cuales resultan bien útiles: "Las eras son generalmente acontecimientos considerados fundadores, creadores, con valores más o menos mágicos. Hasta los revolucionarios franceses consideraron un 'talismán', el inicio de la nueva era que querían instaurar. Tales acontecimientos son a veces míticos, a veces históricos". Tenemos entonces una refundación del tiempo, un punto fijo en la memoria y la historia. ¿Existe respecto a ese momento una política de refundación de nuevo tiempo?, ¿sobre qué olvidos se produce esa refundación?

De ese hito trágico fijado en el tiempo histórico a hoy se produjo el olvido; olvido traducido en amnistías que a su vez han desatado las consecuencias de un malestar prolongado e insatisfecho. ¿Qué paso con esas vidas sacrificadas? ¿Esos millares de muertos sólo tienen valor como cifras? El caso aislado del magnicidio de Jorge Eliecer Gaitán sirve de punto de referencia colectivo al inicio de una *era*; el caudillo es sacrificado; el calendario político nacional se organiza en torno a él, ¿y? ¿Qué pasa con esos otros doscientos mil muertos?

El recorrido entre dos carriles que hace Gonzalo Sánchez nos mostrará entonces la necesidad de ahondar en una "Violencia" que continúa siendo enigmática. Para él existe una continuidad entre las guerras del siglo XIX y las del siglo XX. Esa continuidad la indica en el hecho de que lo que se recuerda es la fecha de nacimiento del trauma, pero no aparece su cierre. Esto producirá fracturas, divisiones que de una crisis en el tiempo (advenimiento de una era) termine produciendo desgarramientos en la sociedad. El que no nos reconozcamos en el tiempo del cese del fuego (dictadura de Rojas, Frente Nacional, como lo plantea Sánchez) sino en la constante referencia a la calenda de la guerra, prueba simbólicamente que la herida está

abierta.

Esto ha ocasionado que el investigador considere que lo privilegiado es la memoria del despertar de las fuerzas de la guerra, del odio, y no una memoria del advenimiento de una solución pacífica. Se trata de un calendario que registra el fratricidio sin una nominación crítica. "...la conmemoración de éste es más la evocación de una catástrofe que la apelación a un porvenir." (Sánchez, G., 2006, pp. 26).

Es prioritario rescatar desde la memoria estos acontecimientos, permitir la aparición en el presente de aquellas víctimas olvidadas. Es necesario identificar el tiempo de la Violencia como un hecho fundacional en nuestro devenir como nación, y reconocer un olvido cómplice que no nos ha permitido ver las dos caras de la misma moneda. En últimas, se necesita la evocación de un sello que permita la comprensión de lo pasado, y su vigencia en el presente.

"En la historia colombiana la Violencia queda, como un tiempo muerto e inmóvil que no encuentra sentido ni en el pasado ni en el futuro, como si nunca hubiera existido. Como si la historia hubiera que escribirla sin ella, como una anomalía o transgresión que interfiere en el análisis y rompe la racionalidad de nuestro devenir nacional." (Sánchez, G., 2006, pp. 49).

A pesar de que haya una aparente normalidad y olvido acerca de los factores que desencadenaron la violencia de mitad del siglo, lo que emerge, en nuestra interpretación es una memoria que clama y protesta contra una producción bibliográfica conformista y cómplice.

"De la Violencia en cambio, sólo se recuerdan las masacres, aparentemente sin sentido, y por ello quizás en Colombia la enorme producción bibliográfica y los multitudinarios encuentros que se le consagraron en las dos décadas precedentes tienen un sabor a esfuzcos de desciframiento del trauma." (Sánchez, G., 2006, pp.26).

En el periodo de la época de la Violencia, se materializa toda una cadena de odios y exclusiones que se han operado hacia

2 ...mis estudios se volvieron en cierta manera autoanálisis, exorcismo o catarsis de mis temores y aprensiones infantiles, intento (tal vez fallido) por entender ahora ese monstruo que dominó mis primeros años y que ha seguido marcando la historia de mi país y mi propia biografía. Sánchez Gonzalo, Guerras, memoria e historia, La carreta editores E.U. Colombia, 2006, p. 14.

lo diferente. Es el resultado de una forma de hacer política que conjuga el ejercicio de la violencia y el olvido como la mejor manera de sustentar intereses privados sin crítica alguna. Esta cadena se ha continuado hasta nuestro tiempo presente, incrementando aún más las fosas de víctimas sin memoria.

#### 4. REFERENCIAS

Argos, (2004). *Cursillo de Historia de Colombia. De 1830 a 1946*. Bogotá: Intermedio Editores.

Aristóteles. (trad.,1981). *Metafísica*. (De Azcárate, P. Trad.). (10th ed.). Madrid: Espasa-Calpe.

Bárcena, F. y Mélich J.C. (2003). "La mirada ex-céntrica. Una educación desde la mirada de la víctima". En: Mardones, J.M y Reyes Mate, M. (Eds). *La ética ante las víctimas*. (pp.195-218). Rubí (Barcelona): Anthropos Editorial.

Benjamín, W. (1973). "Tesis de filosofía de la historia". En: Benjamin, Walter: *Discursos interrumpidos I*. (Agüirre, J.) Madrid: Taurus. pp. 175-191.

Brito, M., Villamil, R. y Orihuela, L., (2004). "La violencia de la sospecha. La construcción de la víctima en el planteamiento victimológico". En: *El cotidiano*. Septiembre-octubre, año/vol. 20, número 127. Consultado: Octubre 30, 2009, En: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/325/32512702.pdf>.

Derrida, J. (1971). *De la gramatología*. (Del Barco, O. y Ceretti, C., trads.). Buenos Aires: Siglo XXI.

Fals Borda, O. (1985). "Lo sacro y lo violento, aspectos problemáticos del desarrollo en Colombia". En: Cárdenas, M. (ed.). *Once ensayos sobre la violencia*. Bogotá: Centro Gaitán; Fondo Editorial CEREC.

Freud, S. (1996). "La represión". En: Freud, Sigmund: *Obras Completas*, Vol. XIV. (Echeverry, J. Trad.), (9th ed.). Buenos Aires: Amorrortu.

García, A. (2005). *Fijaciones. Estudios críticos sobre políticas, culturas y tecnologías de la memoria*. Madrid:

Biblioteca Nueva.

Hobsbawn, E.J. (1985). "La anatomía de 'la violencia' en Colombia". En: Cárdenas, M. (ed.). *Once ensayos sobre la violencia*. Bogotá: Centro Gaitán; Fondo Editorial CEREC.

Hobsbawn, E.J. (2003). *Bandidos*. (Folch, M. y Sempere, J., Trad.), (2th ed.). Barcelona: Crítica.

Jaramillo, C. (1996). "guerras civiles y guerra cotidiana". En: Castro, B. (Ed.) *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Kalmanovitz, S. (1989). "El régimen agrario durante el siglo XIX en Colombia". En: Jaramillo, J. (Ed.). *Nueva historia de Colombia*. Vol. 2. (pp. 101-154). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura (1978, 1980); Procultura S.A. (1984); Planeta Colombiana Editorial S.A.

Kline, C. (2002). *La violencia en Macondo*. Tema recurrente en la obra de Gabriel García Márquez. Bogotá: Fundación General de la Universidad de Salamanca.

Mélich, J.C. (2001). *La ausencia del testimonio. Ética y pedagogía en los relatos del Holocausto*. Rubí (Barcelona): Anthropos Editorial; Guadalupe N.L. (México): Universidad Autónoma de Nuevo León.

La masacre de las bananeras. (Octubre de 2005) *Revista Credencial Historia*. Edición 190. [Versión electrónica]. Recuperado el 15 de agosto de 2009, de:<http://www.lablaa.org/blavirtual/revistas/credencial/octubre2005/masacre.htm>

Legoff, J., (1991) *El orden de la memoria, el tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós, p.219.

Metz, J. B.(2007). *Memoria Passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*. (Lozano, J. Trad.), Santander: Editorial Sal Terrae, Prensa Teológica Sal Terrae.

Ochando, C. (1998). *La memoria en el espejo, aproximación a la escritura testimonial*. Rubí (Barcelona): Anthropos Editorial.

Rabinovich, S. (2003). "La mirada de las víctimas. Responsabilidad y libertad. En: Mardones, J.M y Reyes Mate, M. (Eds.). La ética ante las víctimas. (pp. 50-75). Rubí (Barcelona): Anthropos Editorial.

Reyes Mate, M. (1981). "Historia de la libertad y memoria passionis". En: Enrahonar: quaderns de filosofia, N. 2. 87-97. Consultado: Enero 20, 2010, En:<http://ddd.uab.cat/pub/enrahonar/0211402Xn2p39.pdf>

Rojas, C. (2001). Civilización y Violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX, Bogotá: Norma; Pontificia Universidad Javeriana.

Sánchez, G. (2005) "Los psicoanalistas, la guerrilla y la memoria". Análisis político N° 54, (Mayo-agosto), 81-87.

Sánchez, G. (2006). Guerras, memoria e historia. Bogotá: La carreta.

Villanueva, O. (2005). Rebeldes y bandidos y otros problemas colombianos. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.